

”Bienestar para todos”

Las publicaciones de la Biblioteca de Estudios Económicos (1), patrocinada por la Fundación Ignacio Villalonga, ponen de nuevo sobre el tapete en España, y de manera bastante agresiva, las tesis del neoliberalismo económico, última versión del famoso “laissez faire”, al que tantas veces se había dado por definitivamente liquidado.

Lo que acredita hoy seriamente al neoliberalismo no son tanto los escritos de unos cuantos economistas, algunos de los cuales—W. Röpke, Von Mises—abandonan harto fácilmente la objetividad científica para entregarse con fruición a las furias reaccionarias, como la realidad del “milagro económico alemán” realizado bajo el signo de una política de libertad de empresa y de no intervención, muy identificada con la persona del Bunderswirtschaftminister, profesor Erhard.

El ritmo espectacular con que se ha llevado a cabo la reconstrucción del país a partir de la Reforma Monetaria de 1948, el progreso en el nivel de vida de las masas alemanas—que permanecen sin embargo en términos absolutos por debajo del nivel de vida inglés o belga, conviene no olvidarlo—, la expansión tremenda en las inversiones y en la exportación, la estabilidad monetaria presentan un contraste llamativo con las dificultades surgidas en otros países de Europa Occidental que optaron por las nacionalizaciones, el seguro total, los controles de precios y otras fórmulas de intervención.

El libro de Erhard que da título a estas líneas nos depara, por tanto, una buena ocasión para que desde donde nosotros estamos situados, que es, al fin y al cabo, la economía española y sus peculiares estructuras y problemas, intentemos unas cuantas reflexiones en torno a este neoliberalismo que hoy parece contar en ciertos círculos de nuestra Patria con partidarios tan activos.

(1) L. von MISES, “La mentalidad anticapitalista” y L. ERHARD, “Bienestar para todos”.

En primer lugar unas pocas palabras sobre el libro mismo, cuya traducción ha sido realizada muy satisfactoriamente por el profesor Tierno Galván. "Bienestar para todos" no es en realidad un libro, sino sólo una recopilación sistematizada en diversos capítulos de discursos, declaraciones y escritos de Erhard en estos últimos años, llevada a cabo por tercera persona. Resulta así un trabajo interesante desde un punto de vista documental, pero de muy escaso contenido de doctrina.

Le tesis central del neoliberalismo en política económica podría exponerse así: libertad de iniciativa para el empresario y de elección para el consumidor. Libertad en primer lugar frente a la burocracia; pero libertad también frente a las limitaciones impuestas por la propia empresa privada a través de las mil formas que puede adoptar el monopolio. "Economía social de mercado" no significa que el Estado se inhibe frente a los procesos económicos—este sería el caso del liberalismo decimonómico—. Por el contrario, el Estado ha de actuar tan intensamente como sea necesario para crear las condiciones que permitan el desenvolvimiento de la libre concurrencia y mantener aquella libertad de elección y de iniciativa en los mercados. La libre concurrencia—viene a decir Hayek (2)—no es producto social espontáneo. Es una institución delicada que sólo surge y se conserva con gran esfuerzo. El neoliberalismo no postula en rigor la "no intervención" del Estado. Le pide que intervenga, pero sólo de una forma determinada. Ha de montar los marcos en el interior de los cuales los procesos económicos pueden desarrollarse autónomamente en condiciones de libre concurrencia. Pero no ha de dirigir los procesos mismos, suprimiendo la autonomía decisoria del empresario y del consumidor (que es lo que generalmente se entiene por intervención). Un ejemplo típico de intervención "conforme" sería una ley antitrust. Ejemplos de intervención "disconforme" serían la fijación de un precio de tasa—que suprime la libertad del empresario para asignar los precios que le vengán en gana a sus mercancías—, la fijación de cupos de consumo obligatorio para una mercancía determinada—que suprime libertad de elección del consumidor—o por último la nacionalización de una determinada industria, que desplaza al empresario de las funciones que le son propias, sustituyéndole por el Estado, que de determinar las reglas del juego pasa a tomar parte en el juego mismo.

Supuesta la libre concurrencia y sobre la base del progreso continuo que hoy en día caracteriza a la técnica, la dinámica de la iniciativa empresarial puede ejercerse con tal fuerza que es razonable esperar un crecimiento violento, desbordante, del producto social y de la renta per cápita. Tan desbordante, que visto desde esta perspectiva, el problema de la distribución pasa a un plano secundario. Tiene poca importancia quien se lleva hoy un trozo mayor de la tarta, cuando la tarta puede doblar o triplicar su tamaño en breve tiempo. ¿Qué sentido hubiera tenido en la Alemania del 1947 discutir la distribución de una renta nacional de 47.000

(2) Camino de Servidumbre.

millones DM. que en siete años había de convertirse en una renta de 92.000 millones DM? Tampoco tiene hoy demasiada trascendencia discutir la distribución de la renta nacional, y de paso entorpecer su expansión a través de una intervención "no conforme". Suponiendo que la participación en la misma de cada grupo social no se altere, el bienestar de todos puede muy bien doblarse otra vez en unos cuantos años. La redistribución más radical no lograría doblar hoy la renta de que disfruta un grupo social de importancia a costa de la que disfrutaban los demás.

Pero, aun más. Ocurre que el mecanismo de la expansión obra a favor de la distribución. No se limita la expansión a dejar inalterados los porcentajes de cada grupo en la renta nacional. Es lógico, y comprobable estadísticamente, que el mero hecho de la expansión aumente la participación en la renta nacional de las masas populares. La concurrencia premia precisamente la producción masiva, la producción para todos. "El capitalismo es esencialmente un sistema de producción en masa para la satisfacción de las necesidades de las masas" (Von Mises). La expansión de la producción se logra esencialmente porque el bien de lujo se transforma en bien consumido por el vulgo. Como dice Schumpeter, ya la Reina Isabel de Inglaterra usaba medias de seda; el capitalismo no ha inventado las medias de seda, pero las ha puesto al alcance de mucha gente. Lo que a la larga implica necesariamente el crecimiento económico es el escaseamiento del bien que se va haciendo comparativamente más escaso a medida que se crean más y mejores instrumentos de producción: el trabajo, la mano de obra. El salario del obrero manual suizo es alto no a causa de una legislación social progresiva, sino porque lo ha elevado el desarrollo económico de la nación. Lo mismo ha de pasar con el salario del obrero manual de cualquier país capaz de emprender decididamente el camino de la expansión. Es decir, capaz de optar, como la Alemania Occidental, resurgida de sus cenizas, por la economía social del mercado. La libre concurrencia, dicen los neoliberales apoyándose en las estadísticas germanas recientes, resolverá todos los problemas de reparto y de igualación de niveles de vida por el camino menos áspero: el de la abundancia.

Se plantea ya aquí, sin embargo, una cuestión previa, en la que no vamos a entrar, pero que es fundamental para la Sozialmarktwirtschaft. Esta inundación de abundancia, por muy real que fuera, ¿resolvería todas las tensiones surgidas en el seno del sistema capitalista? El problema compete más al sociólogo que al economista. Schumpeter, uno de los primeros economistas de nuestro tiempo, en "Capitalism, Socialism and Democracy" intenta una respuesta. El capitalismo, dice, como sistema de producción capaz de incrementar de manera continua las disponibilidades de bienes y servicios y de ponerla al alcance de todos, ha sido un gran éxito y, a pesar de Keynes, podría seguir siéndolo. Pero el mismo triunfo del capitalismo corroe las instituciones sociales que le protegen y conduce a su sustitución probable por otro sistema. La concurrencia y el mercado, bases de su éxito, significan también inestabilidad, masificación (en el

sentido de Ortega), despersonalización progresiva de los círculos en que el hombre se mueve, inseguridad y angustia. El bienestar medido en términos económicos no implica forzosamente bienestar medido en términos sociales, ni identificación del hombre con el sistema capaz de hacerle cada vez más próspero.

Pero dejemos este primer gran interrogante del neoliberalismo abierto. Pasemos a otro problema que afecta ya concretamente a las posibilidades que la estructura económica española ofrece a una política neoliberal.

LA ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO, VISTA DESDE LA PERIFERIA

El milagro económico alemán no es tal milagro—sostiene Erhard—. Es el resultado de una política determinada. Es algo que puede repetirse en todas las latitudes.

Nada más dudoso que estas afirmaciones. La espectacular expansión de los índices de producción y consumo en la Alemania de la postguerra parece íntimamente ligada, además de a la política de Erhard, 1) a un proceso de recuperación de la catástrofe provocada por la guerra (Una “recuperación” puede ser más rápida y más fácil que un “adelanto” propiamente dicho) 2) y fundamentalmente, a unas determinadas estructuras e infraestructuras económicas.

En concreto, quiero decir que la libre iniciativa del empresario y la libertad de opción del consumidor han excitado en forma tan brillante las fuerzas productoras alemanas, en gran parte porque operaban dentro de una estructura ya muy desarrollada, en un país que verificó hace ya mucho tiempo—a finales del pasado siglo—su Revolución Industrial. Un país que había dado ya el gran paso ¿o salto mortal? que media entre una economía desarrollada y una economía subdesarrollada, entre los pueblos privilegiados de Europa Noroccidental y Norteamérica, por una parte, y el resto del mundo, a efectos prácticos, por otra.

Los términos empleados son imprecisos, pero la distinción es esencial y está preñada de consecuencias prácticas. En una economía subdesarrollada la Sozialmarktwirtschaft no puede poner a su máxima presión el dinamismo empresarial, sencillamente porque ese dinamismo no existe. El “círculo vicioso de la pobreza” (Nurkse) atenaza la economía de un país subdesarrollado. La capacidad adquisitiva de la mayoría de la población es demasiado baja para que tenga sentido aquella producción en masa para las masas de que hablábamos. De hecho una gran parte de los consumidores potenciales viven casi totalmente al margen del mercado, practicando una agricultura primitiva autosuficiente, sin comprar ni vender gran cosa y con un nivel de vida miserable. La cuota de ahorro nacional es baja y no permite financiar las inversiones proyectadas por los empresarios con iniciativas. La rentabilidad de la inversión es en todo caso poco atrayente. Faltan los servicios públicos, los sistemas de transporte, las instituciones de formación profesional, la cultura técnica, los

centros de investigación, que constituyen el supuesto de la inversión privada y que la hacen rentable. La profesión de empresario, en virtud de la escasa movilidad social y del bajo nivel de instrucción, está abierta a muy poca gente, y el empresario tiende entonces más al conservadurismo que a la audacia. Las combinaciones monopolísticas constituyen no la excepción extirpable, sino la regla. Y así sucesivamente. ¿Cómo esperar el milagro neoliberal en la India, con sus masas hambrientas y sus tremendos problemas demográficos, por ejemplo? Sería demasiado optimismo, aun para el Profesor Erhard.

El neoliberalismo solo no puede ofrecer a estos países la esperanza de una liberación razonablemente rápida. A lo más, les promete un nivel de vida humano en un lejano y problemático futuro. Por ello es legítimo afirmar que el neoliberalismo es en este caso rechazable o al menos insuficiente.

La economía española se halla, afortunadamente, en mucho mejor situación que la de las regiones que constituyen zonas subdesarrolladas por antonomasia: Asia Suroriental, Oriente Medio, países tropicales, etcétera. Pero todos sabemos que España se halla también a una muy respetable distancia de las economías que pueden calificarse inequívocamente de desarrolladas. Una sencilla comparación estadística con el país término de referencia del liberalismo arroja ya la luz suficiente a este respecto. Las cifras son aproximadas.

	ESPAÑA	ALEMANIA
<i>Renta per cápita (52/54)</i>	212 \$	510 \$
<i>Producciones básicas (56)</i>		
Carbón.	15 m. t.	140 m. t.
Energía eléctrica.	13.000 m. kw.	80.000 m. kw.
Acero	1,2 m. t.	22 m. t.
Cemento.	4 m. t.	18 m. t.
Acido Sulfúrico .	900.000 t.	2 m. t.
Automóviles . . .	17.000 unidades	1.000.000 unidades
<i>Población empleada en la agricultura (56) .</i>	50 %	26 %

Lo grave es que las cifras se quedan cortas. Habría que ir también a lo cualitativo. Habría que describir la vida miserable del agricultor de la meseta, del bracero andaluz, del aldeano gallego, y ver qué escasa es la participación de estas gentes en una auténtica economía de cambio.

Habría que estudiar la movilidad social, esencial para la validez de las hipótesis neoliberales en España y compararla con la de nuestros vecinos occidentales. No son muchos los españoles que tienen la posibilidad no ya de convertirse en empresarios, sino de especializarse en una determinada técnica, o de ejercerla una vez conseguida. En España la economía funciona, como la sociedad, en compartimentos estancos. "Este denominador común (de la industria nacional) es su perfil monopolístico,

determinante en consecuencia de una imperfección evidente en el mercado, con influjo en el desarrollo económico nacional. Las industrias del carbón, electricidad, acero y cemento, con intereses comunes entre sí e íntimamente ligados al sistema bancario, constituyen probablemente la más formidable oligarquía económico-privada con que se enfrenta la comunidad española" (3). Denominador común no sólo de la industria. Piénsese, por ejemplo, en lo que ocurre con muchas de las paradójicamente aquí llamadas profesiones liberales, cuyo acceso está cerrado casi a cal y canto por el método de la oposición o del examen de ingreso.

Una política económica de tipo neoliberal es claramente insuficiente en España. Es demasiado ingenuo confiar en que la libre concurrencia va a obrar milagros allí donde apenas existen los supuestos fundamentales de su actuación, o demasiado inteligente, pues en el fondo parece muy difícil que los grupos que con más ahinco defienden la economía social de mercado entre nosotros estén dispuestos a aceptar ésta hasta sus últimas consecuencias; es decir, incluyendo su vertiente antimonopolística.

PLANIFICACION Y DESARROLLO

Se postula, pues, para la economía española, una política de más altos vuelos, una política específica de desarrollo económico. A esto puede llamarse, si se quiere, planificación, aunque no sea más que para hacer resaltar sus diferencias con respecto al neoliberalismo.

El estudio, siquiera sea elemental, de cuál deba ser el contenido de esta planificación para el desarrollo, escapa, naturalmente, a los límites de esta nota. Es, en verdad dicho estudio, la gran tarea planteada a los economistas españoles, sobre todo a los que forman parte de nuestra Administración. Bien pocos son, por el momento, y ello constituye una deficiencia muy seria.

Puede intentarse, no obstante, un ligero esbozo de lo que constituirían las principales líneas de actuación (4).

a) Necesitaríamos ante todo una política de inversión. Para aumentar la renta per cápita de manera continuada de un 3 ó 4 % anual, necesitamos una inversión superior al 15 % de la renta nacional. Es dudoso que se alcance hoy en día este volumen de inversión, como regla general, en España. (Además, este 3 ó 4 % anual de mejora en la renta per cápita parece muy insuficiente.) No basta con dejar vía libre a la inversión privada. La inversión privada se dirige lógicamente a las empresas cuyos beneficios revierten de manera directa al propio inversor. Pero en un país subdesarrollado hay una gran masa de inversiones cuya productividad social (medida por el incremento que provocan en la renta

(3) FUENTES QUINTANA y PLAZA PRIETO. *Revista Económica Política* IV, n.º 1-2, Mayo-Septiembre. Véase también los trabajos de F. DE LA SIERRA en *Revista Economía Política*, y el libro de MUÑOZ LI-

NARES, "El monopolio en la industria eléctrica española".

(4) Libro fundamental para el análisis del desarrollo económico es "Theory of Economic Growth", de A. Lewis.

nacional) es mucho mayor que su productividad privada (medida por los beneficios que aportan al inversor, los cuales pueden ser sencillamente cero). Ya Marshall y en especial Pigou (5), se ocuparon extensamente de la existencia de economías externas a la empresa, de que disfrutaban personas distintas del mismo empresario. El montaje de una determinada industria, por ejemplo, puede implicar que la mano de obra en ella empleada adquiere conocimientos y hábitos técnicos nuevos. La existencia de un fondo de reserva de mano de obra cualificada puede ser en su día preciosa para empresas distintas de la creadora de la primera industria. Se han originado economías externas. Los servicios públicos —transportes, fuentes de energía— son los grandes sectores creadores de economías externas. Viene luego, quizás, el sector de la industria manufacturera. A ellos ha de dirigirse una potente corriente de inversión pública supletoria de la inversión privada. Si quiere evitarse la inflación ha de contarse con el ahorro suficiente. Ante una cuota de ahorro privado baja pesa sobre las autoridades responsables de la política de desarrollo la obligación de gestar un ahorro forzado. La inflación en que se ha vivido casi sin interrupción en España, desde el fin de la guerra, ha sido precisamente una forma de ahorro forzado, quizás eficaz, pero éticamente rechazable desde el momento que impone los mayores sacrificios a los menos capaces de sorportarlos, a los perceptores de ingresos bajos. La alternativa a la inflación es un manejo preciso y enérgico del sistema impositivo.

b) Otra gran línea de actuación en un programa español para el desarrollo sería la política de coordinación. El desarrollo económico es equilibrado o no es. Concentrarse exclusivamente en un sector determinado, con olvido o a costa de los otros, es olvidar que el sector escogido ha de buscar en los otros sus mercados de venta y de abastecimiento y no puede progresar sino paralelamente al resto del sistema. Se ha cometido con frecuencia un error de este tipo, al proponer como fin único del desarrollo de la economía nacional la industrialización, que se escoge por razones de prestigio o en virtud de una u otra de las mitologías que tanto abundan en este terreno. Pero la industrialización no es posible sin una agricultura progresiva, donde una productividad per cápita creciente cree mercados para la industria y le traspase a la vez la mano de obra necesaria. En un país donde la agricultura absorbe casi un 50 % de la población activa, no hay más remedio que comenzar la industrialización precisamente en el campo, lo que se ha olvidado con frecuencia (6). La agricultura ofrece las posibilidades de actuación más fecundas, más urgentes y más extensas para una Administración decidida a ejercer la función de leader del progreso económico. Es precisamente en una agricultura atrasada, como la española, donde resulta más utópico confiar en

(5) PIGOU, "La economía del bienestar".

(6) Baste comparar las inversiones del Instituto Nacional de Industria con las efectuadas

por el Instituto Nacional de Colonización, por ejemplo

el poder dinámico de la pura concurrencia. La planificación para el desarrollo comprenderá aquí inversiones públicas productivas de economías externas del tipo a que nos hemos referido anteriormente. La repoblación forestal, la lucha contra la erosión, la lucha contra plagas y parásitos, los grandes regadíos, no tientan a ningún inversor privado, pero son esenciales para el crecimiento de la renta nacional.

Además de inversiones públicas en gran escala es decisiva la política de instituciones; surgen así los grandes problemas de la reforma agraria, de la concentración parcelaria y del crédito rural (7).

c) Otro aspecto interesante de la coordinación necesaria a todo plan de desarrollo viene dado por la conexión, también olvidada a menudo, entre fomento de la industria y fomento del comercio exterior. Si la exportación se estaciona o disminuye en términos absolutos en virtud de lo que ha llamado Manuel de Torres (8) un proceso autofágico, llegará un momento en que la industrialización se interrumpirá al carecerse de medios de pago con que atender las importaciones precisas de equipo capital.

En definitiva, queda claro que la coordinación de la expansión de los distintos sectores no se logra espontáneamente en una economía en trance de desarrollo y necesita de un esfuerzo considerable por parte de la Administración, quien a su vez habrá de poseer los medios y las técnicas adecuadas a esta función: estadísticas detalladas, una Contabilidad Nacional, Oficinas de Planeamiento.

d) Podría aludirse, por fin, a otra de las componentes fundamentales de una posible planificación para el desarrollo en España: la política de movilidad económica y social. Las dificultades de acceso a profesiones, a mercados, a técnicas y actividades, constituyen uno de los más serios obstáculos que se oponen al progreso material en nuestra Patria. Este es, por un lado, un problema de falta de instrucción y de estrechez de horizontes por parte de las masas españolas. Mucho es preciso hacer en lo que se refiere al perfeccionamiento y extensión de nuestro sistema de enseñanza. Hay aquí una conexión muy significativa entre la política de desarrollo y la política social, o si se prefiere la política simplemente. El dilema "distribución de la renta o desarrollo" es la mayoría de las veces un falso dilema. La propia miseria es la que limita el horizonte económico de las masas. Sólo cuando existe la posibilidad de salir alguna vez de la miseria se interesan verdaderamente las gentes por el mejoramiento de sus condiciones de vida, buscan nuevos campos, tienen aspiraciones y propósitos y en definitiva son capaces de rebelarse contra el destino.

"Las dificultades de acceso" son, por otro lado, obra de las combina-

(7) En los últimos años ha habido una notable revitalización en España de la política agraria, bastante olvidada en el período 39/51.

(8) Juicio de la actual política económica española.

ciones monopolísticas, que como antes vimos están presentes con especial fuerza en nuestra estructura económica. La lucha contra el monopolio es denominador común a la economía neoliberal, apta para países ricos y a la planificación necesaria en los países atrasados. Coincidencia que interesa subrayar.

PLANIFICACION A TRAVES DEL MERCADO

En efecto, hasta ahora se ha puesto gran énfasis en las diferencias que median entre ambas políticas, pero estas diferencias no implican en rigor contradicción. La planificación para el desarrollo postula una actividad mucho más extensa y comprometida de la Administración, en el terreno económico, que la que corresponde al Estado, mero creador de condicionamientos favorables para la concurrencia, como hemos visto. Pero no hay motivo ninguno para que esta actividad planificadora se ejerza de manera “no conforme” con la libertad de iniciativa del empresario y la libertad de elección del consumidor. La gran virtud de la libre concurrencia es que premia al que es capaz de producir más, mejor y más barato. La planificación en un país atrasado no tiene por qué prescindir de tan fecunda virtud. Puede y debe ser una “planificación a través del mercado”, según expresión de Arthur Lewis (9).

Hay que afirmar con toda energía que no hay relación necesaria ninguna entre desarrollo planificado y supresión de las libertades económicas fundamentales. El Estado gran inversor, el Estado que se decide a impulsar decisivamente la riqueza agrícola y a maniobrar intensamente sobre la economía nacional considerada como un todo coordinado, no tiene por qué reglamentar los precios, ni decir quién ha de consumir determinados bienes y en qué cantidades, ni controlar en detalle las importaciones y las exportaciones, ni racionar las divisas y los créditos; ni, en una palabra, hacer depender de las decisiones de la burocracia los procesos productivos. Todo ello, particularmente, a largo plazo no favorece, sino que frena tremendamente el progreso.

Y sin embargo, esta desafortunada intervención de tipo burocrático se practica en gran escala en muchos países atrasados. Afortunadamente cada día en menos; sus resultados son tan nocivos que ya se está procediendo por doquiera a su desmantelamiento. Ahí está bien claro el caso de la Argentina.

Las razones de la preferencia de los Gobiernos por la intervención limitativa de la libertad de mercado son varias. Desde el punto de vista económico el secreto está probablemente en que la intervención “no conforme” es aparentemente el camino más fácil para hacer frente de manera inmediata a las dificultades que surgen en los planes de desarrollo. Supongamos que la Administración no ha sido capaz de crear el ahorro

(9) Principles of Economic Planning.

necesario para financiar sus planes de inversión. Puede ser que se produzca una presión inflacionista. Lo más directo es entonces recurrir al control de precios, fijando tasas y castigando a los que no las respetan. La medida opera sobre los efectos y no sobre las causas del mal, pero resulta tentadora. O imaginemos que ha habido una falta de coordinación en la gestación del plan. Se ha creado una determinada industria sin contar con materia prima suficiente para abastecerla. Lo más cómodo es, en esta coyuntura, racionar las disponibilidades existentes de dicha materia prima para poder así destinar un porcentaje adecuado de la misma a la satisfacción de los objetivos que la Administración estima preferentes.

La burocratización de la economía tiene carácter acumulativo. Unas intervenciones provocan continuamente otras. Si se controla el precio de la carne, hay que controlar el precio y la distribución de los piensos primero y de los abonos después, y del ácido sulfúrico necesario para producirlos finalmente. Una espesa maraña de intervenciones acaba cubriendo todo el sistema y en la confusión se pierden la eficacia y el sentido de cada intervención concreta.

Junto a los mercados intervenidos proliferan los mercados negros. Las bases del éxito comercial se falsean completamente. El empresario más próspero no es el que trabaja con costes más reducidos o el que más vende, sino el que obtiene un trato más favorable por parte de la Administración o el que logra trasvasar el máximo de mercancía del mercado oficial al negro. Los hechos elementales de la competencia o de la habilidad comercial pasan a segundo plano. Lo importante es conseguir mayores cupos y escapar a la fiscalización de la burocracia. Surgen los "estraperlistas", se hacen los grandes negocios gracias a la influencia y a la recomendación. Las posibilidades de corrupción de los funcionarios aumentan fantásticamente y a la vez se agigantan las presiones ejercidas sobre ellos. A la sombra de la intervención se consolida el poder de los monopolios. Cada nuevo competidor que pretenda introducirse en el mercado no sólo tiene que hacer frente a las dificultades que naturalmente implica la operación; se ve también obligado a demostrar a la Administración que en adelante se debe contar con él y sus pretensiones son combatidas por todos los medios por parte de las empresas ya existentes.

El conservadurismo natural de la Administración opera en favor de las situaciones creadas y de los derechos adquiridos. Con ellos cada mercado intervenido puede convertirse en un círculo cerrado de privilegiados. En definitiva los controles "no conformes" con que el Estado intenta lograr de forma directa y a corto plazo fines determinados, acaban conduciendo a que a largo plazo se frusten los fines más generales y auténticos de la planificación. Así, en los economistas neoliberales, que ponen de relieve tan claramente la necesidad de respetar la libertad de mercados, hay valiosas lecciones también para los países subdesarrollados.

En política económica no es lícito partir de ideologías y esquemas a priori. La verdad es que se trata únicamente de trazar programas que sean los más adecuados para situaciones concretas. En la situación espa-

ñola concreta la "economía social de mercado" nos ofrece limitaciones —necesita ser complementada con un plan de desarrollo—, junto a formulaciones de plena validez, en cuanto nos señalan los peligros de una intervención mal dirigida.

En política económica estamos necesitando en España a la vez construir y dismantlar. Construir un plan de desarrollo que sea equilibrado —sin unilateralismos en favor del sector industrial y sin sacrificio de la exportación—, coordinado y lo suficientemente realista como para que pueda financiarse sin provocar inflación.

Desmantelar una serie de reglamentaciones complejas, a menudo contradictorias, de muy dudosa eficacia individualmente consideradas y en su conjunto nocivas.

La intervención que calificamos de "disconforme" afecta principalmente a tres sectores de la economía española: el comercio exterior, la producción de primeras materias y la agricultura.

a) Es en el comercio exterior donde la reglamentación es más estricta y limitada. Prácticamente todas las transacciones con el extranjero están sometidas a licencia. La Administración se substituye por completo a los mecanismos de mercado y determina en cada caso, por ejemplo: quién va a importar, cómo, cuánto, cuándo y de dónde. Como siempre, la cuestión es por qué optamos: por la solución enérgica, con validez a largo plazo y en definitiva verdadera, o por la solución cómoda, que rehuye el problema y no lo resuelve. El equilibrio en la balanza de pagos, según la primera solución, exige estabilidad de precios interiores y fomento de la exportación coordinado al crecimiento de la Renta nacional. La segunda solución implica equilibrio artificial de la balanza de pagos a través de la licencia de importación y control de las exportaciones. Y como consecuencia supresión de la libre concurrencia, creación de un mercado negro, etc., etc. (10). Por razones técnicas quizás resulte en España justificado un control —lo menos discriminatorio posible— de las importaciones de maquinaria. La liberalización de todas las demás es sólo cuestión de perspectiva y racionalización.

b) La intervención de los precios, producción y destino de las primeras materias —carbón, hierro, minerales, productos químicos básicos— es también intensa. Así, existe hoy todavía el estraperlista de hierro, y el destino de una fábrica de plásticos, por ejemplo, depende decisivamente de qué cupo oficial le sea atribuido en la producción de derivados de la hulla por la siderúrgica vizcaína. Con todo ello se puede acabar radicalmente. La clave del equilibrio entre industria básica e industria transformadora, se encuentra en la libre actuación de las fuerzas de

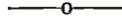
(10) Un ejemplo al azar: el precio de los cueros en el mercado interior viene a ser quizás un 50 % más elevado que el precio en el mercado internacional. Piénsese en la importancia decisiva que tiene entonces para un curtidor el ser o no ser elegido titular de una li-

encia de importación por el correspondiente Organismo y en la facilidad con que puede obtenerse un beneficio de pura especulación revendiendo una licencia autorizada en el mercado negro. Lo mismo pasa con casi todas las mercancías de importación,

oferta y demanda, unida a una inversión estatal productora de economías externas en servicios públicos, fuentes de energía e industrias de cabecera. Inversión pública que puede perfectamente canalizarse a través de empresas de propiedad colectiva. El Estado propietario resulta mucho más adecuado para el progreso y mucho más compatible con la libertad que el Estado reglamentador.

Las Empresas Nacionales configuradas por el INI serían muy utilizables para este tipo de política. La Siderúrgica de Avilés, a este respecto, puede señalarse como ejemplo a imitar.

c) Queda por último, la agricultura. El objetivo número 1 de la intervención ha sido aquí la estabilidad de precios de los artículos alimenticios. Pero la estabilidad es producto de un abastecimiento abundante y la abundancia no se logra por medio de decretos de fijación de precios, entregas obligatorias y demás reglamentaciones, sino gracias al incremento de la productividad, a la capitalización de la explotación agraria y a la reforma de instituciones. Los controles perpetúan la escasez.



Hemos visto que las intervenciones “no conformes” se justifican y se mantienen unas por otras. Con un poco de imaginación, un poco de audacia y quizás también un poco de suerte, pueden suprimirse todas a la vez, como por milagro. Así hizo ERHARD en la Reforma Monetaria de 1948. La operación no sería tan sencilla en España, donde al amparo de las reglamentaciones se han montado muchas situaciones artificiales y condenadas a la ruina y donde el desarrollo económico es todavía muy limitado. Aun así el camino está claro y no habrá más remedio que seguirlo, por propia iniciativa o porque la integración económica europea nos lo va a imponer. Cuanto antes, mejor.

Una intervención total de la economía por el Estado, a ejemplo de la URSS, es rechazable desde puntos de vista éticos y políticos; pero desde el punto de vista económico puede funcionar y tener éxitos espectaculares, como los últimos acontecimientos están demostrando. Los peores son los sistemas mixtos, que reúnen todas las desventajas y ninguna de las ventajas de la libertad y de la intervención.

JOSE-LUIS UGARTE